

Nuestras llagas: gérmenes en desarrollo

Jesús corrió el riesgo de invitar a Santiago, Juan y Pedro a orar con él en el huerto. Los invitó a entrar en su quebranto, su angustia, su dolor, su confusión, su temor. El hecho de que se hayan dormido no quita nada a la invitación. Acordémonos que era de noche. La oscuridad que los rodeaba era un reflejo de la noche que había dentro de ellos. Su somnolencia no resta valor a su inicial disposición a entrar en el huerto con Jesús. Estaban cansados. Era tarde. Se quedaron dormidos. No seamos demasiado duros con ellos. ¿Quién de nosotros no se quedó dormido cuando alguna vez hemos sido invitados a orar, a quedar despiertos, a velar y esperar? El espíritu está pronto, pero el cuerpo está cansado.

Recordamos que los mismos tres fueron invitados por Jesús a subir con él al monte donde fueron testigos de la transfiguración. En ese caso era fácil mantenerse despiertos. Algo maravilloso sucedía delante de ellos. Estaban Jesús, Moisés y Elías en el monte. Un momento glorioso -- que los tres querían saborear y prolongar. En esa circunstancia querían permanecer más tiempo. Querían levantar algunas tiendas para acampar en el monte de la gloria.

Ahora, en cambio, se encontraban en el huerto del dolor. Es más fácil dormir cuando parece que toda esperanza se ha esfumado. En este huerto brotaron plantas de dolor, flores de angustia. No había nubes de gloria ni luces brillantes. Ni letreros de neón que los mantuviera despiertos. Nada de grandes despliegues de deslumbrante divinidad. Aquí encontraron el corazón de la humanidad. El sagrado corazón. El corazón quebrantado.

Cuando el dolor supera la capacidad de resistencia lo que se aconseja es descansar, para estar mejor al día siguiente.

Lo que hay de muy humano y santo en la invitación al huerto de Getsemaní es que Jesús quiso que sus amigos más íntimos compartieran su quebranto, su pena, su dolor. Los invitó a las cavernas más profundas de su personalidad. Así como en el monte los había invitado a vislumbrar algo de su gloria, así ahora quería que se asomaran a su dolor.

Cuando algún otro nos invita al recinto de su dolor, no saldremos de allí sin haber experimentado algún cambio importante. Cuando invitamos a alguien a nuestro huerto de dolor decimos: "Mi corazón está muy triste hasta el punto de morir. Quedáos aquí y velad" (Mc 14, 34). No esperamos que nos diga palabras de consuelo o que nos transmita un mensaje de condolencia. Lo único que deseamos es que esté con nosotros; que se quede y que nos recuerde que no estamos solos.

Cuando corremos el riesgo de aceptar la invitación de otro a entrar en su huerto caminamos despacio, delicadamente. Sabemos que las palabras no cuentan nada en esos casos. Sólo el amor y la presencia hablan con ternura.

Tengo una amiga que ha sufrido profundamente y ha experimentado pérdidas importantes en su vida, y ahora se hace la obligación de visitar a la gente de su parroquia que sufre por la muerte de un ser querido. Se siente motivada a hacerlo por su propio sentimiento de pérdida y dolor. Hace poco me decía que cuando alguien le dice: "Me gustaría poder ir y presentar mis condolencias", ella responde: "¿qué le impide hacerlo?" Ella ha tenido la experiencia del huerto y conoce lo que es el dolor. Más aún, sabe lo importante que es que otro comparta nuestro dolor. Es por eso que el ministerio de compartir el dolor de otros se ha convertido en una segunda naturaleza para ella.

Habr  muchos momentos durante nuestra peregrinaci3n terrena en los que se nos invitar  a entrar en el huerto de otros. Esta noche Jesús nos lleva a Getsemaní para aprender algo más sobre el dolor, la oraci3n, el amor. Jesús nos invita a orar no desde un coraz3n que canta sino desde uno que grita.

En el huerto Jesús nos invita a amar no en las buenas sino en las malas. Y cuando aprendamos algo más sobre esta forma de amor, podremos invitar a otros a nuestro huerto, cuando no podamos soportar el dolor solos. Aprenderemos que la sanaci3n s3lo puede venir de un coraz3n quebrantado.

P. Joseph Nassal, C.P.P.S., Passionate Pilgrims, Serie 13 de los Recursos de la C.P.P.S., The Messenger Press, Carthagena, Ohio, 1993, pp. 71-73)

La espiritualidad se aprende con la experiencia. Para las personas bañadas con la sangre de Cristo, nuestra espiritualidad se funda primeramente en nuestras propias experiencias de sufrimiento. En nuestras llagas aprendemos la tierna compasi3n de nuestro Dios. En el inventario de nuestras propias llagas sentimos el llamado a vivir la espiritualidad de la Preciosa Sangre.

Muchos acontecimientos de mi vida fueron modelando mi respuesta personal a la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Por supuesto, el más elocuente fue el suicidio de mi hermano en junio de 1987. Unas semanas después del funeral de Eduardo, dej  el trabajo de la parroquia y fui a Italia para un encuentro de directores de formaci3n de nuestra Congregaci3n. Dado que el recuerdo de la muerte de Eduardo estaba tan fresco en mi memoria y el dolor tan presente en mi coraz3n y en mi alma, sentí que al recorrer en esas semanas el itinerario de San Gaspar -- Roma, Giano, Sonnino --- naci3 la espiritualidad. Y encontr  un hogar en mi coraz3n quebrantado. Ya no podía seguir manteniéndola a distancia. Aquí estaban las semillas del sufrimiento. Y aquí estaban los gérmenes de la liberaci3n.

Gaspar profundiz3 en la devoci3n a la Preciosa Sangre durante los años que estuvo en la cárcel y en el exilio por negarse a transigir respecto a sus creencias cuando Napole3n ocup3 Roma. En sus propias experiencias de sufrimiento y exilio, la compasi3n de Gaspar se hizo más profunda y pens3 en la fundaci3n de una congregaci3n religiosa llamada de la Preciosa Sangre.

Pero Gaspar sabía que no podía vivir esa pasi3n solo. Como el profeta para quien la Palabra de Dios fue un carb3n encendido que le perfor3 el alma. Por más que quiso mantener el fuego dentro de sí, no podía. Gaspar sabía que tenía dejarlo salir. Y así dio origen a una comunidad religiosa que sería una fuerza dinámica destinada a la renovaci3n espiritual tanto en la Iglesia como en la sociedad.

Dicha renovaci3n brot3 de la cruz en la corriente redentora de la sangre de Cristo. Creo que nuestra misi3n es de reconciliaci3n y renovaci3n. Una misi3n fundada en nuestra experiencia personal del misterio pascual. Tenemos que ser siervos dolientes que realizan el trabajo por el reino de Dios que Jesús encomend3 a sus amigos en la víspera de su muerte.

Esto no lo hacemos solos sino en el ámbito de una comunidad capaz de tener cuidado y compadecerse de los demás. Vivimos "en compa a de amigos", acompañándonos mutuamente en este itinerario hacia la auténtica y duradera libertad que se encuentra en la Preciosa Sangre de Jesucristo.

Porque conocemos nuestro propio dolor, nuestro propio sufrimiento, nuestras propias experiencias dolorosas; porque conocemos nuestras propias llagas, estamos llamados a compartirlas mutuamente.

Dejamos que estas experiencias nos motiven a estar con otros en su pena, su sufrimiento, su dolor. Y al hacerlo juntos comprendemos y realizamos el don de la redención divina.

P. Joseph Nassal, C.P.P.S., Passionate Pilgrims, Serie 13 de los Recursos de la C.P.P.S., The Messenger Press, Carthagen, Ohio, 1993, pp. 5-6)

SI EL GRANO DE TRIGO NO CAE EN TIERRA

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda solo, pero si muere da mucho fruto” (Jn 12, 24).

Hay semejanza entre la Cruz y la espiga que poco a poco va doblándose, hasta quedar enterrada en el suelo, como Cristo en la Cruz. La inclinación de Cristo en la Cruz, tiene dos sentidos: uno de reverencia ante el Padre para decirle: “*en tus manos encomiendo mi espíritu*” y otro de servicio a los hombres para decirnos: *tomad, comed y bebed, esto es mi Cuerpo y Sangre entregado por vosotros*”.

Para Cristo el primer valor de su vida es el Padre, luego vienen los demás y finalmente El. Por el Padre acepta el sufrimiento, la marginación, la burla, la soledad... y nos dice: “*el que ama su vida la pierde, el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna*”(Jn 12,25); por eso: buscar el aplauso de los demás, el pretender llamar la atención y deslumbrar, el querer ser siempre el primero, el pensar que los demás deben hacer las cosas como a mí me parece, el olvidar que los demás caminan a nuestro lado, es perder la vida. Pero el buscar el triunfo de los demás, el que los demás sean felices y vivan sin sobresaltos, pensar que los demás también tienen algo de razón....eso es ganar la vida.

A veces nuestro caer en tierra y morir, como el grano de trigo, se queda solo en la superficie para hacer ver, como los escaparates. Tenemos que morir en el silencio, sin tocar las trompetas, ni los bombos, ni los platillos; los demás tienen que darse cuenta de nuestra muerte, no porque nosotros lo publiquemos, sino porque ellos nos echen de menos en el pedestal que nos hemos fabricado y porque lo noten en sus vidas que son más felices, menos agobiados, menos coaccionados...

Cristo ha dado todo lo que tenía por nosotros y para nosotros, ha muerto, ha caído en tierra y su simiente la ha regado con su Sangre. ¿Y qué ha nacido? Una nueva Humanidad salvada, redimida, libre de la esclavitud, un Pueblo de Hijos dispuestos a caminar juntos y a olvidar cada uno su camino, para que entre todos eliminemos los obstáculos que vayamos encontrando y así nadie se pierda, ni se quede atrás.

A todos los miembros, felicidades y un deseo de que seamos espigas que para dar fruto tienen que caer en la tierra.

Paulino Hernández, *Boletín Provincia Ibérica*, Año II, No. 7, Julio, 1989, pp. 1-2.